

EL GITANO QUE HAY EN MÍ



EL GÍTANO QUE HAY EN MÍ

*De Alemania a Rumanía a pie:
en busca de la juventud, de la verdad y de mi padre*

Ted Simon

INTERfolio



Mar Báltico

1
Möln

Szczecin

frontera
este-oeste

POLONIA

ALEMANIA

- Möln
- Salem
- Kittlitz
- Kueese
- Roggendorf
- Gadebusch
- Demem
- Gross Niendorf
- Mestlin
- Plau
- Alt Schwerin
- Waren
- Pilenz
- Alt Rhese
- Neubrandenburg
- Bismarck
- Szczecin**
- Kamien Pomorski
- Zolcino
- Pobierowo
- Trzebiatow
- Koszalin

- Gdansk
- Braniewo
- Kornevo
- Medovoye
- Kaliningrado**
- Bagrationovsk
- Bartoszyce
- Reszel
- Swieta
- Mragowo
- Piecki
- Babietta
- Szczytno
- Chorzele
- Przasnysz
- Ciechanow
- Varsovia**

- Przeworsk
- Przemysl
- Lvov**
- Bibrka
- Rohatyn
- Ivano-Frankivs'k**
- Kolomyia
- Yaryemcha
- Gura Humorului
- Ilisiste
- Suceava
- Botosani
- Iasi
- Sighisoara
- Sibiu
- Braila**



RUSIA

Kaliningrado

Varsovia

3

Lvov

UCRANIA

Ivano-Frankivs'k

Cárpatos

RUMANÍA

MOLDAVIA

Braila

ME SENTÉ EN UNA RAMA DE SAUCE, me liberé de las botas y, con las piernas colgando, dejé que la brisa refrescara mis sufridos pies. Ante mí tenía el estanque del pueblo rodeado de juncos altos y verdes, un polvoriento camino rural, cercas de estacas y, como fondo, pequeñas cabañas con grandes y frondosos jardines. Sobre la chimenea de una de las cabañas se erguía una cigüeña absurdamente grande, estampada contra el lechoso azul del cielo. Aquello era como siempre me había imaginado que sería Rusia: el eterno telón de fondo del largo drama del reinado zarista, la revolución bolchevique, el triunfo, la paranoia y el colapso.

Era el primer día que pasaba solo en un viaje que había preparado durante mucho tiempo y me sentía gozosamente recompensado. ¿Cómo podía haberme llevado casi toda una vida llegar a esta tierra de la que proviene la mitad de mi familia? Mi abuela pudo salir perfectamente de este mismo pueblo de Medovoje, veinticuatro kilómetros al sur de Kaliningrado, los mismos veinticuatro kilómetros que ahora sentía en las plantas de los pies.

Pero en tiempos de mi abuela Kaliningrado era Königsberg y ella prusiana, no rusa. Hace cincuenta años, esta población de aspecto más bien ruso estaba situada en Alemania. Un destino salvaje e indomable había campado por Europa, disseminando gentes y culturas como si fueran hojarasca y, aún así, la mera idea de un cambio violento resultaba inconcebible en aquel momento en que el calor de la tarde de verano envolvía el pueblo con una pátina de permanencia.

Unos hombres estaban pescando en la laguna. Los había visto llegar, dos hombres jóvenes en mangas de camisa. Estaban ocultos tras los cañizales, y apenas se veían las puntas de sus cañas, pero podía oír fragmentos de su conversación. Pensé que si de repente aparecieran con unas blusas bordadas y unas botas de tela, el anacronismo estaría en mí, no en ellos. Al poco se les unió un hombre algo mayor y más ruidoso, que llevaba una chaqueta y una gorra plana y picuda como la que solía usar Lenin. Sus voces empezaron a sonar algo más rápidas y altas. Pronunciaron la palabra *Demokrati* y con cierta guasa, pensé. La cigüeña había comenzado a patrullar adelante y atrás por el filo del tejado de enfrente.

Después, en un movimiento que me resultó bastante extraño, dobló el cuello completamente hacia atrás, de modo que su pico apuntó directamente hacia el cielo, y realizó una serie de gorjeos entrecortados que sonaron como una lenta ráfaga de metralleta: DE-MO-KRA-TI.

Descansando contra el tronco del árbol, con la camisa abierta al calor húmedo, dejé pasar el murmullo de los pescadores y me quedé tan solo con las cadencias e inflexiones que se mezclaban con el canto de los pájaros y el susurro de las hojas. Fue la amenaza de lluvia la que me obligó a moverme. Las nubes se apelotonaban al sur, oscureciéndose con saña y levantando murallas, almenas y banderas en el cielo. Con desgana, me calcé las botas y me levanté para volver a la tienda de campaña.

El comercio a las afueras del pueblo se había animado. Con la esperanza de encontrar algo para beber entré en una estancia grande y ventilada, con el suelo de madera y olor a manzanas secas. Era como el dibujo que haría un niño de una tienda. Se podían contar con los dedos los diferentes objetos a la venta. En un extremo, había un mostrador. Los estantes a lo largo de las paredes estaban en su mayoría vacíos. Una mujer con delantal esperaba tras el mostrador y, enfrente de ella, tres mujeres mayores con pañuelos en la cabeza y bolsas de la compra, que se mantenían erguidas con una actitud de decidida inacción, me contemplaban con indiferencia.

Me ahorré el problema de escoger en un idioma que no podía hablar. Había una sola opción. Muchas botellas idénticas con algún tipo de bebida naranja colocadas en fila sobre una larga balda. Las señalé, musité algo y empujé un

billete de mil rublos por encima del mostrador. Con una impasibilidad estudiada, como una autómatas accionada, la tendera me pasó una botella, me dio el cambio y recuperó su posición inicial.

La botella contenía un brebaje químico de fruta hecho en Bélgica, y sorbí sus sintéticos sabores mientras subía la colina. A lo lejos, a mi derecha, una procesión de vacas lecheras Holstein, blancas y negras, se iba desplegando por aquellos prados verdes y succulentos desde un establo largo y bajo. Una paz tan tangible como la niebla ligeramente aromática que flotaba en el aire envolvía el paisaje. Era imposible sentir nada más que alegría. Si tenía alguna inquietud, era tan solo el nerviosismo automático por la tienda de campaña y mis pertenencias, que de hecho no tardaron en aparecer ante mi vista.

Horas antes había estado convencido de que estarían bien. Un viaje es una serie de apuestas que al cabo de un tiempo llegan a dársete bien. Son parte de lo que hace que un viaje merezca la pena. Las suposiciones automáticas de la vida cotidiana dejan de servir y los sustituyen la atención y la intuición. Cuantos más riesgos puedas permitirte, más libertad y espontaneidad ganas. Cada viajero escoge de modo diferente, cada elección es una prueba del destino y cada resultado afortunado refuerza la confianza en la próxima decisión. Pero a veces, desgraciadamente, y por pura ignorancia, se escoge sin saber siquiera que se ha escogido, como yo no tardaría en averiguar.

Llevaba la tienda de campaña más ligera que había podido encontrar. Pesaba menos de dos kilos y por tanto

era pequeña. Estaba inteligentemente diseñada para sacar el máximo provecho al doble techo, de hecho el doble techo *era* en realidad la tienda. Debajo tenía una tela incolora y porosa, cosida a la tela del suelo para formar un capullo sostenido por dos aros flexibles. Por diseño se sostenía en pie sola y a ello, probablemente, le debo la vida.

La tienda tenía aproximadamente un metro de ancho y, en el extremo más alto, la altura suficiente como para sentarme sin que el pelo rozara la tela. Al poco de volver a ella, las nubes rompieron, la tormenta arreció y la lluvia empezó a golpear con fuerza. Me consolé con la cena y pensé que era hora de probar el pescado. Tres arenques ahumados en una bolsa de plástico que me habían regalado inesperadamente en Kaliningrado el día anterior y que colgaban bajo el doble techo, al otro lado de la entrada de la tienda en forma de arco. Los metí y corté lonchas de uno de los tres arenques. El pescado ahumado estaba duro, con el sabor fuerte y punzante que había aprendido a apreciar de niño en la pescadería de mi tía. El brebaje químico belga me ayudó a tragarlo. Cuando la tormenta alcanzó un clímax de truenos y aguaceros, me pregunté si aquel sería uno de esos lugares del mundo donde es frecuente que a la gente la fulmine un rayo, pero no fue más que una sacudida pasajera. Con cuidado, envolví la raspa y el pescado que quedaba y volví a colocar el oloroso paquete al otro lado de la cremallera. Después probé mi suministro de pan, salchichas y queso.

Llevaba alrededor de media hora lloviendo y soplando furiosamente cuando de repente me sorprendió una voz alta, clara y resonante, muy cercana a la tienda, que decía algo

en ruso. Abrí la cremallera y me encontré con un hombre de mediana edad y mediana estatura. Llevaba una capa de plástico sobre la cabeza. El agua de la lluvia lo golpeaba y salpicaba de modo que parecía mirar a través de una catarata. Con la mano izquierda sostenía un grueso cayado blanco tan alto como él. Dos cosas me quedaron claras de inmediato: la primera, que debía estar pastoreando las vacas que había visto antes, aunque a mí no se me hubiera pasado por la cabeza la probable existencia de un pastor; y la segunda, que me gustaba.

Tenía una cara cuadrada y franca, de rasgos bien proporcionados; un hombre sin malicia, con una expresión perpleja pero amistosa. Para darle la bienvenida pronuncié las palabras *angelski* y *tourist*. Sonrió y dijo algunas cosas que no pude entender, pero que pronunció en un tono agradable, y coloquial. Le devolví una sonrisa tranquilizadora. Y él, riendo, elevó las manos por encima de las orejas, levantando el cayado al hacerlo, y con los dedos índices apuntó hacia arriba para imitar unos cuernos. Asomé la cabeza fuera de la tienda y comprobé que efectivamente estábamos rodeados de vacas. Reí con él y, en inglés, le dije que las vacas, por supuesto, no me preocupaban.

–*No problem* –dije–. *Niet problem*.

Yo seguía sin cogerlo y él se volvió a reír.

–*Dobra, dobra* –respondió y, encogiéndose levemente de hombros, se alejó por la lluvia.

Volví a los restos de mi cena y durante una hora me entretuve con mis pies y el cuaderno, hasta que por fin los cielos se drenaron. La luz del sol seguía coleando y me

apeteció estirar las piernas unos minutos antes de echarme a dormir. Además, la lluvia había aflojado los vientos del doble techo y quería tensarlos. Me calcé los zapatos, abrí la tienda y emergí entre los últimos rayos de la puesta del sol.

Aquella era la escena más plácida y exuberante que había visto en mi vida. Bajo un cielo que aún retenía unos flecos de nubes en la lejanía del oeste, las colinas brillaban con un verde más intenso y el aire parecía vino fresco. A unos cien metros, en lo alto de una ligera pendiente, el pastor se apoyaba en su cayado con un aire algo majestuoso. A su alrededor, en pequeños grupos, estaban las vacas Holstein blancas y negras, seguramente las vacas más vacas de todas. Le saludé y empecé a andar alrededor de la tienda, agachándome para estirar los vientos. Me interrumpió un atronador mugido de protesta. Todavía sereno, alcé la vista para ver qué había perturbado a aquellas plácidas criaturas. Uno de los animales de un grupo situado entre el pastor y yo me hacía frente con la cabeza alta y, en ese preciso instante, se separó de los demás y empezó a venir hacia mí. En los instantes siguientes varias cosas destacaron simultáneamente. El animal, ahora muy visible contra el horizonte, era enorme y quedó claro que no era una vaca, sino un toro gigantesco que se dirigía hacia mí. Ya había acelerado hasta alcanzar un ligero trote e iba ganando velocidad. Tenía los cuernos feos y prominentes, pero más escalofriante aún era el ruido que hacía, tan amenazador que se me revolvieron las entrañas.

Nada podía impedir que me alcanzara. Era evidente que estaba empeñado en embestirme. Me quedaban pocos segundos para hacer algo o no hacer nada. A mi alrededor

era todo campo abierto, así que era imposible huir. El árbol más cercano quedaba a casi un kilómetro y no podía ni soñar con sacarle una buena delantera a aquel animal. La idea de meterme desarmado en una pelea con un toro era tan absurda que ni siquiera la consideré. En una fracción de segundo pasé de la alarma al miedo y luego al puro terror, y entonces, ya del otro lado del terror, razoné que si el toro no se había opuesto a la presencia de la tienda antes de que yo saliera de ella, quizá fuera buena idea restablecer el status quo. Si desaparecía, pensé, quizá la bestia se apaciguaría. Como tampoco había alternativa, cuando el toro estaba aún a unos quince metros, me lancé en plancha hacia la tienda y me acurruqué en su interior temblando de pánico.

Fue una apuesta desesperada. Sabía que si fallaba podía darlo todo por perdido. Si el toro atacaba la tienda, era imposible que yo me escabullera a tiempo de correr. Me convencí de que iba a morir, o cuando menos, a ser destripado horriblemente. No había forma de mirar fuera de la tienda. Tan solo podía escuchar y lo que oía era aterrador. Ningún ser vivo había hecho jamás un ruido tan terrorífico en mi presencia. Ni el bramido de los elefantes podía compararse con aquello. Y peor incluso que el ensordecedor volumen que aumentaba a medida que el animal se acercaba, resultaba la incuestionable ferocidad del sonido.

Y entonces llegó. Debería haberme sentido agradecido de que no destrozara la tienda de inmediato, pero estaba ya más allá de toda sensación y expectativa. Tenía al toro pegado a la tienda. Aunque no podía verlo, sabía que se alzaba enorme sobre mi penoso refugio. Su cabeza estaba a

menos de un palmo de la mía, solo nos separaba la más endeble de las telas y, literalmente, me estaba bramando en el oído. Con un enfado de proporciones olímpicas. Un envolvente manto de furia paralizadora. Incluso en tal estado de terror, cabía lugar para el asombro. Mientras esperaba un fin inminente, se me ocurrió que ni el mismísimo minotauro podría haber inundado la tierra y los cielos con más ruido que aquella criatura.

Estaba decidido a encontrarme. Sabía algo. Y mi desaparición, lejos de apaciguarlo, lo había dejado desconcertado y frustrado. Gritaba con rabia. Iba dando pisotones alrededor de la tienda golpeando la tela con la cabeza, aunque, gracias a Dios, no con sus cuernos. Oí que uno de los vientos cedía. Si hubiera sido una tienda de palos convencional, aquello habría sido mi fin. El ruido no bajaba ni un decibelio. Si acaso sonaba aún más alto. Yo estaba más quieto que un ratón y más petrificado, esperando que en cualquier momento me despedazara.

Mientras pasaban los segundos y el toro inexplicablemente no daba conmigo, una débil esperanza emergió de entre mis más oscuros temores: quizá el pastor llegara al toro antes que el toro a mí. Mientras pensaba en él como mi única posibilidad de salvación, no se me escapaba la grotesca comicidad de mi situación. Para cualquiera que no fuera yo, mi aprieto debía de parecer hilarante. *Lo que vio el pastor* debió de ser tan divertido como las mejores secuencias de Charles Chaplin o Jacques Tati. Un urbanita inocente e ignorante, con una ropa y un equipo flamantes, saltando de miedo ante un toro celoso y arrojándose ignominiosamente

dentro de una diminuta tienda de campaña. ¡Qué risa! Aunque en aquel momento, la risa estaba bien lejos de mí. Yo sólo quería saber lo que estaba haciendo el pastor. ¿Corría para salvarme o se moría de la risa ante el espectáculo?

Puede que mi calvario no durara más de un minuto, pero a mí cada segundo me pareció el último y morí sesenta veces mientras esperaba el rescate. Pero por fin escuché la voz del pastor fuera de la tienda. Una orden rápida y algo que pareció un palo golpeando al animal. El espantoso mugido cesó de inmediato y yo desfallecí del alivio, sin poderme creer mi suerte. Tuve el impulso de saltar de la tienda y abrazar al hombre, pero el trauma de aquellos momentos angustiosos me había dejado aterrorizado. Sentía un miedo atroz a mostrarme de nuevo ante el toro, aunque era de suponer que el toro no me atacaría mientras estuviera junto al pastor. ¿Debería haber salido en cuanto lo oí llegar? Pero ¿cómo podía yo saber qué efecto causaría eso? ¿Cómo reaccionaría el toro si volvía a verme o a oírme? ¿Dominaba el pastor completamente la situación? No tenía ni idea y no estaba para experimentos. El momento pasó, y con él mi oportunidad, pues no tenía medio de saber quién estaba más cerca, si el hombre o el toro.

Nunca me he sentido más privado del habla que en aquella ocasión. Habría dado cualquier cosa por poder hablar con él. Tenía el problema práctico obvio de que más tarde o más temprano tendría que salir de aquella madriguera insuficiente, ridícula y pequeña. ¿Debería esperar hasta que se fuera el rebaño? Quizá no se fueran hasta que llegara el momento de ordeñarlas por la mañana. Traumatizado

como estaba por la rabia asesina del animal, no me atrevía a provocarla de nuevo. Al mismo tiempo, no podía evitar imaginarme las carcajadas que soltaría el pastor si oyera mis pensamientos. Sobrepasado por mi propia ignorancia, ansiaba aprender algo más de esta experiencia. Ya había aprendido lo poco que sabía sobre un animal que ha fascinado y cautivado a la humanidad durante miles de años. Mi historia era una parábola de nuestro tiempo. Un caballero culto, sofisticado, viajado y (según he creído siempre) inteligente, es humillado y aterrorizado por un animal que sin duda podría controlar cualquier pueblerino. ¿Qué tendría aquel pastor que no tuviera yo? Familiaridad, y un palo.

Bueno, pensé, les había dado bastante para hablar junto a la alberca. Mi historia podría entrar en los anales folclóricos del pueblo. Quizás mi fama se extendiera por la provincia y mis tatarabuelos se rieran en sus tumbas. En el bendito alivio de mi absolución estaba más que dispuesto a que se rieran de mí, pero deseaba de todo corazón poder charlar con el pastor. En su lugar, con mucha discreción, me resigné a permanecer escondido hasta la mañana, confiando en que para entonces mi tormento estuviera degustando otros pastos.

El día parecía interminable. Eran las nueve, la luz no dejaba de brillar y estaba cogiendo frío. Me puse toda la ropa que tenía y pasé un rato repasando todos los pedazos de papel que había acumulado por el camino: billetes de tren y autobús, cuentas de restaurante, recortes de periódico y direcciones garabateadas. Al poco me entró sueño, me acosté y pensé en dormir, aunque todavía había luz.

Entonces volvió el toro. Con un aullido repentino y atronador, el toro anunció que seguía justo ahí, fuera de la tienda, y dispuesto a acabar conmigo de una vez por todas. La conmoción fue estremecedora. Oh, Dios mío, pensé, el pastor se debe de haber despistado. ¿Llegará a tiempo esta vez? La rabia del animal seguía intacta. Se comportaba como si nunca lo hubieran interrumpido. El horror arremetió, el pavoroso estruendo y las acometidas a la tienda continuaron, y empecé a darme cuenta de que esta vez había sido inexplicablemente abandonado a mi suerte.

Enfrentarse a tamaña amenaza mortal dos veces en tan poco tiempo ya era malo. Saber que lo mejor y lo único que podía hacer era permanecer absolutamente quieto lo hacía aún peor, pero que me robaran hasta el último recurso de la resignación era lo peor de todo. Con este ciclón encarnado girando furiosamente a mi alrededor, ahogando mis pensamientos en huracanados gritos de rabia, traté en vano de alcanzar el plácido recinto interior donde había encontrado refugio en el pasado. Me había amenazado la muerte antes, pero ahora empezaba el más prolongado e intenso periodo de terror que jamás haya conocido, y todo lo que mi mente podía hacer era reiterar desesperadas y ridículas preguntas. ¿Por qué me había recordado el toro? ¿Dónde estaba el pastor? ¿Qué sabía el toro que le hacía tan obstinado? ¿Podía olerme ahí? ¿Oía el pescado? ¿Odiaban los toros el pescado? ¿Cuándo rasgaría la tienda? ¿Cuándo se le engancharían las patas en los vientos y la echaría abajo?

Ahora, entre los bufidos, escuché algo más igualmente aterrador. Enormes bocanadas de cálido aliento escapando

por sus fosas nasales, un sonido tan violento que sugería chorros de humo y llamas expelidas por feroces cavernas. Cada instante del interminable suplicio yo era consciente del inmenso tamaño del toro, de su furia irrefrenable, de su terrorífica proximidad, su impredecibilidad y su letal estupidez, que, he de admitir, solo podía compararse con la mía. Yo estaba a cuatro patas, como un esprinter en sus marcas, esperando el momento de la verdad. Había calculado cada movimiento de la escapada si se me presentaba la más mínima oportunidad –qué mano tiraría de qué cremallera, qué pie me impulsaría a través de la apertura–, pero no albergaba verdaderas esperanzas de éxito. La cosa continuó y parecía que no había más que un único e irreversible final.

Quizá pasaron diez minutos, o tal vez muchos más, hasta que el toro cedió. Mientras estaba allí agachado, temblando, no se me ocurrió mirar el reloj y fijar la hora de mi extinción. Pero los bramidos cesaron tan súbitamente como habían comenzado y me sentí infinitamente agradecido. Sin embargo, enseguida se presentó un nuevo peligro. Tan pronto como el toro juzgó que la tienda era inofensiva, vinieron las esposas a investigar. Ahora estaba rodeado, no por un gran animal, sino por muchos, y su curiosidad era extrema. Primero engulleron el agua de lluvia del doble techo. Luego metieron los hocicos bajo los faldones de la tienda, convencidas de que la hierba oculta sería más suculenta, o quizá intrigadas por el olor del pescado. Compitiendo por la mejor posición, empezaron a tropezar con los vientos, saltando del susto, apelotonándose, y volví a sentirme tan en peligro de ser expuesto al toro como antes.

¿Y el pastor? O se había dormido o se había ido a casa a cenar... Lo que no me podía creer era que hubiera estado mirando todo el rato, como si tal cosa. Porque en algún rincón de mi mente tenía la idea claramente inaceptable, surgida también de mi ignorancia, de haber sido víctima de un miedo irracional; de que por razones que no podía imaginar, nunca había existido un peligro real y de que el toro no era más que ruido y furia, sin significado alguno. Algunas semanas después –dado que al final había sobrevivido para contarlo– averigüé algo más sobre la realidad de mi situación y sentí cierto consuelo, aunque en su momento no me habría ayudado. El caso es que descubrí que, de entre todos los toros, el más celoso, feroz y destructivo es el toro lechero acompañado de sus esposas en época de apareamiento. Y de pura casualidad, leyendo un periódico inglés en Bucarest, me topé con un aviso emitido por el ministerio de agricultura británico. Acercarse aunque solo fuera un poco a semejante toro, sin un palo y un perro, decía, es una verdadera locura.

POR MUY ESCALOFRIANTE QUE FUERA el episodio, con la distancia, el hecho de haber escapado del toro no me sorprende tanto como me sorprendió entonces. En aquel momento me pareció que había sido una suerte extraordinaria haber sobrevivido. Pero entonces he de preguntarme: ¿Y las otras veces que he salido ileso de situaciones límite? ¿Fue sólo suerte? De ser así, podría considerarme una de las personas vivas más afortunadas del mundo, pero de alguna manera esta idea no me acaba de encajar, más allá de en el sentido amplio en que se aplica a todos los que tenemos la suerte de pasar algún tiempo sobre este planeta.

He leído u oído hablar de gente que ha muerto haciendo cosas que yo he hecho: cayendo a través de un tejado, atrapados en el momento erróneo en el lugar equivocado en alguna dictadura del tercer mundo, perdiéndose por la noche en la ladera de una montaña, porque el acelerador de la moto se les ha atascado en un punto peligroso del camino o incluso de un modo tan tonto y mundano como bajando de la acera sin mirar. El coche pasa raudo y silbando a un palmo de mi nariz y siento el aliento de la muerte en la mejilla. Doy un paso atrás, aturdido, contemplando lo que casi me ha sucedido. ¡Qué tonto he sido! ¡Qué suerte poder contarlo! Pero de hecho, reflexionando, me doy cuenta de que me confundió una confluencia poco habitual de circunstancias. Ciertamente la estupidez hizo su parte, pero habría sido mucha *mala suerte* morir aquel día.

Lo mismo pasó todas las otras veces en que me he librado por los pelos. Quizá no fue tan por los pelos... Quizá las probabilidades están de nuestra parte.

Oímos tantas cosas sobre la muerte y la mala suerte... A medida que nuestras sociedades se hacen más populosas y están más conectadas entre sí, se dan más historias estremecedoras que contar y nos llegan por más canales. Los que no viajan muy lejos de los territorios familiares deben tener la impresión de que el nuestro es un mundo peligroso, en el que uno tiene suerte de sobrevivir, pero esa impresión es errónea. Por cada relato de una tragedia, hay cientos, quizá miles, de historias no contadas sobre una tragedia que se ha evitado. Mi propia experiencia me convence de que al fin, cuando se tiene una actitud decente, el mundo será benévolo.

La actitud es importante. Mis amigos coincidirán conmigo cuando digo que no soy un tipo especialmente intrépido. Quiero decir que no ando buscando problemas. En el colegio solo en una ocasión reté a alguien a una pelea, y no llegué ni a dar un golpe. Sólo que algunas de las cosas que he querido hacer –dar la vuelta al mundo en moto, por ejemplo– conllevan un riesgo. Yo solía poner todo mi empeño en minimizar el riesgo, hasta que finalmente comprendí que la mayoría de mis esfuerzos eran inútiles. Los problemas que anticipaba rara vez se materializaban y los peligros, cuando aparecían, normalmente eran impredecibles, y algunas veces hasta insólitos. Por lo general atribuyo mi supervivencia a que tengo una buena actitud; y un ingrediente primordial de esta, creo, es que no le tengo miedo a tener miedo.

Así que no busco enfrentarme a la muerte, pero a menudo he sabido qué se siente al sobrevivir cuando esperabas morir y no hay ninguna sensación comparable. En ese momento empieza todo. Lo compararía con la sensación de salir de un túnel y encontrarte un paisaje soleado de posibilidades ilimitadas. Es como nacer de nuevo, aunque me apresuro a añadir que no como los fanáticos que se atribuyen esa distinción.

Trato de no tentar al destino demasiado flagrantemente, pero con aquel toro ruso estiré mi suerte. Creo que tal vez debería tomarme el episodio como un augurio gitano. Los toros y yo tenemos historia común, desde mi mismo nacimiento el primero de mayo, que me hace un tauro y sin duda explica porqué los toros han aparecido en mi vida con más frecuencia de lo que uno se imaginaría. Pensándolo bien,

veo que nuestros encuentros se han ido haciendo cada vez más peligrosos.

La primera vez era demasiado joven para reconocer mi buena suerte. Tenía siete años y durante las vacaciones de verano mi madre me había alojado con un granjero a las afueras de Londres, para que disfrutara un poco del aire del campo. Un día me encontraron solo en medio de un prado, sentado feliz a lomos de un toro. Al parecer, me había subido al animal con la ayuda de una pequeña escalera y me molestó mucho que vinieran a rescatarme.

Mi segundo encuentro fue más tradicional. Sucedió treinta años más tarde, cuando mi vida en Londres entró en crisis. «A la mierda», me dije, y me fui a España con unos amigos que disfrutaban con las corridas de toros. Hemingway llevaba muerto apenas cuatro años y eran las fiestas de Pamplona, así que nos fuimos primero allí y, tras una noche de juerga, corrí delante de los toros. Yo no estaba tan puesto en la tradición del toreo como mis amigos, así que solo puedo repetir lo que ellos me contaron. Normalmente, me dijeron, los toros tardan unos catorce minutos desde la salida hasta el coso. En esta ocasión rompieron el récord y tardaron tres minutos.

Corría con la multitud, pensando que andaba bien por delante de cualquier animal de cuatro patas, cuando de pronto escuché un ruido inusual al mismo tiempo que atisé una cabeza cornuda dándome caza desde la derecha. Exactamente qué hice yo o qué hizo el animal, no lo sé. Sé que intenté esquibarlo, pero me derribaron sobre los adoquines; me levanté y fui tambaleándome hacia una de las vallas de

protección que mantenían a los toros encaminados. Unos espectadores excitados me auparon, me pasaron al otro lado, y señalaron mi chaqueta de ante, que lucía un lustroso desgarró a lo largo del costado, bajo el sobaco derecho.

Estaba convencido de estar mortalmente herido y me preparé para desmayarme con gracia, como Nelson en el *Victory*, pero resultó que no tenía ni un rasguño. El efecto del alivio fue eléctrico y liberador. Por primera vez en mi vida me sentí bendecido, con independencia de si me lo merecía o no. Decidí vivir peligrosamente (hasta entonces algo tan inconcebible como predecible es el cliché), olvidé los pocos planes que había hecho y me limité a tomar cada oportunidad que se me ofrecía. Durante semanas vagabundé por el Mediterráneo, intoxicado por las fabulosas aventuras que se orquestaban a mi alrededor y en mi beneficio.

Finalmente, con otros amigos, me vi en Yugoslavia, dando tumbos por la ciudad de Cetiña, en Bosnia. Aquella había sido en su momento la capital del reino de Montenegro y yo estaba maravillado con ella. No me podía creer que existiera una cultura tan exótica tan cerca del corazón de Europa: hileras de edificios largos y bajos de piedra encalada, mujeres con brillantes vestimentas, hombres salvajemente hermosos con ropas tejidas en casa, carromatos de mulas por todas partes... Nunca pensé que se podrían contemplar semejantes panoramas a este lado de Yemen o de Mongolia.

Fue allí donde me topé con un cómico desatino, una broma congelada en piedra. Se trataba de un edificio relativamente grande, de tres plantas, uno de los pocos cons-truidos al estilo occidental. Inexplicablemente, a nivel del

suelo, la fachada estaba decorada con relieves de pirámides, camellos, esfinges y varios símbolos árabes. Entré a preguntar, el edificio se usaba como centro cultural, y me contaron que en tiempos fue la embajada francesa en Montenegro. Cuando se construyó, me explicaron, todas las embajadas francesas las diseñaban arquitectos de París. Por error, el Quai d'Orsay había enviado a Montenegro los planos de su embajada en El Cairo. Pensé que los artesanos montenegrinos debían tener mucho sentido del humor para dejar pasar un error así.

Había más evidencias de este comportamiento astuto y ladino. En una ocasión entré en una tienda buscando leche y como no hablaba serbo-croata, imité los gestos de ordeñar a una vaca e hice «muuuuuu». Tras un lapso de sorpresa, se encendieron algunas bombillas, unas sonrisas de entendimiento se extendieron por las caras de los campesinos, una *babushka* se escurrió hacia la trastienda y, triunfalmente, me ofrecieron una botella de agua mineral. Todavía me desconcierta recordarlo.

Vimos una buena parte de Yugoslavia y podríamos haber ido a cualquier sitio. Vimos los tesoros de Dubrovnik y una ciudad industrial de pesadilla inventada por Tito, de nombre Titograd. También vimos Belgrado y Budapest antes de volver a Francia y al resto de mi vida allí, que no es parte de esta historia. Lo que realmente me extraña es que habiéndome adentrado tanto en los Balcanes, no hiciera un esfuerzo por llegar un poquito más lejos.

Diez años después pasé por la misma región durante el regreso de un viaje en moto alrededor del mundo que había

durado cuatro años –la extravagante culminación, supongo, de todas mis anteriores aventuras y la que dio fruto a mi libro *Los viajes de Júpiter*¹–. Aunque la curiosidad me había llevado a los límites de cuatro continentes, seguía sin sentir interés por los demás países balcánicos. Volví de la India pasando por Estambul y Macedonia, y me recorrí recto como una flecha la carretera desde Skopje a Belgrado. Recuerdo perfectamente aquella autopista de dos carriles. Era un infierno. Una corriente sin fin de impacientes turistas alemanes se dirigía por un carril hacia Grecia, en dirección sur, cruzándose a veces a pocos centímetros con enormes camiones que se dirigían hacia el norte, cargados con mercancías procedentes de Irán y de Turquía. En muchas ocasiones pasaron rozándose y hubo más de una colisión espantosa, los restos de accidentes pasados decoraban los arcones. Tenía tiempo y algo de dinero. Podía haber tomado otra ruta y debería haberlo hecho. Podría haber cruzado las montañas hasta el Adriático... o haber tirado al este, a través de Bulgaria, hacia Rumanía. *Eso* sí que habría sido un giro inteligente y creativo. Me habría ahorrado aquel horrendo tráfico y habría añadido un par de países interesantes a los cuarenta y cinco que ya había visitado, pero más prometedor aún era que podría haber acabado aquel larguísimo viaje sumergiéndome en los enigmas de mi padre y del país en que nació.

¹ Los viajes de Júpiter, de Ted Simon, (Interfolio, Madrid 2009) es considerado un libro de culto en literatura de viajes.

Habría sido difícil. No habría sabido por dónde empezar. En aquel momento prácticamente no sabía nada sobre los orígenes de mi padre, salvo que había sido judío y rumano. Incluso su nombre, que se cambió al instalarse en Inglaterra, solo me resultaba vagamente conocido. Y aun así, dada la implacable curiosidad que me había mantenido en la carretera durante cuatro años y me había llevado a explorar tanto mundo, ¿cómo era posible que no me arrastrara esos pocos kilómetros extra? Era como si hubiera desterrado de mi mente toda noción acerca de mi padre y sus orígenes.

Estaba cansado, por supuesto. Ya había hecho demasiado y, en cualquier caso, la idea no se me pasó por la cabeza. Me aferré a aquella autopista yugoslava homicida como si fuera sobre raíles, pensando solo en llegar a casa. Al echar ahora la vista atrás y ver cómo obvié deliberadamente las varias oportunidades de explorar una mitad entera de mi herencia vital, no puedo sino concluir que estaba tratando de evitar a toda costa un asunto espinoso, que alguna fuerza inadvertida e insospechada de mi infancia me alejaba a sabiendas de cualquier confrontación con aquel lado de la familia. Por supuesto que *había* un conflicto, el mismo conflicto que hizo volar por los aires el matrimonio de mis padres. Y creo que me he pasado la mayor parte de mi vida empeñado en hacerme invulnerable a la fuerza de esa explosión, como si me hubiera colocado un chaleco antibalas psíquico que me protegía de las esquirlas de culpa, odio y vergüenza. Más recientemente he comenzado a preguntarme si ese chaleco antibalas no sería más bien una camisa de fuerza